

II Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 62, 1-5. Corintios 12,4-11 Juan 2, 1-11

“Haced lo que Él os diga”

17 Enero 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“EN CANÁ DE GALILEA JESÚS COMENZÓ SUS SIGNOS”

Las Bodas de Caná son la tercera manifestación (Epifanía) del amor y la gloria de Dios. Pensando en elegir un signo como manifestación del poder de Dios, si hubiéramos tenido que escoger sólo tres, seguramente nosotros no hubiéramos elegido este milagro como manifestación de Dios. Hubiéramos pensado antes en la transfiguración en el Tabor, o en algún otro milagro más impresionante como la resurrección de Lázaro, o en la experiencia de la multiplicación de los panes y los peces, o en el Sermón de la montaña donde Cristo muestra su sabiduría. Sin embargo, la Iglesia elige este milagro como la tercera Epifanía. *¿Por qué? ¿Qué mensaje hay oculto detrás del agua convertida en vino?* En este primer milagro de Jesús, María ocupa un lugar central junto al Señor. María es corredentora y, desde el principio, aparece así junto a Cristo. El corazón de María y de Jesús están unidos en el corazón de Dios Padre desde la eternidad. **En esta reflexión voy a tratar de adentrarme en el misterio de este primer milagro.**

En cada manifestación, Dios revela su gloria y, lo más importante, su amor incondicional por el hombre. Isaías refleja ese deseo de Dios: “*Por amor de Sión no callaré, por amor de Jerusalén no descansaré, hasta que rompa la aurora de su justicia, y su salvación llamee como antorcha. Los pueblos verán tu justicia, y los reyes tu gloria; te pondrán un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor. Serás corona fulgida en la mano del Señor y diadema real en la palma de tu Dios. Ya no te llamarán «Abandonada», ni a tu tierra «Devastada»; a ti te llamarán «Mi favorita», y a tu tierra «Desposada», porque el Señor te prefiere a ti, y tu tierra tendrá marido. Como un joven se casa con su novia, así te desposa el que te construyó; la alegría que encuentra el marido con su esposa, la encontrará tu Dios contigo.*” Isaías 62, 1-5. La predilección de Dios por nosotros, su pueblo, es clara. Somos los hijos predilectos de Dios, somos los favoritos, los desposados con el amor de Dios, aunque se nos olvida a veces. **El primer milagro de Jesús en Caná refleja ese amor que no pone condiciones, que sale al encuentro y que nos busca sin descanso en la necesidad.**

Pero vayamos poco a poco profundizando en el misterio de Caná. Allí Cristo manifiesta su poder, realiza el primer milagro y los discípulos creen en Él. Se entiende como un “signo”, el primero de los seis que se han de narrar en el Evangelio de Juan. Y todo comienza con una boda: “*En aquel tiempo, había una boda en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados a la boda*”. Entendemos aquí por boda el traslado de la esposa a la casa del esposo y las fiestas que seguían al traslado. Sabido es que después de los espousales, primera parte del matrimonio, la esposa permanecía largo tiempo en casa de sus padres, separada del esposo. Un día fijado de antemano era conducida a casa de su esposo y se festejaba. María, Jesús y algunos de sus futuros discípulos, porque todavía no lo eran¹, estaban en la boda. Fueron

¹ Así lo explica S. Agustín: “*Debemos decir que los discípulos de Jesús no eran discípulos aún, sino que lo serían con el tiempo*”

invitados a la boda aunque nunca sabremos las razones con seguridad. Tal vez podemos pensar en un cierto parentesco con los novios². Pese a ello, no es lo importante del relato la razón de su presencia. No interesa tampoco saber quiénes eran los novios y qué pasó con ellos con el correr del tiempo. No sabemos si siguieron o no a Jesús al comenzar su vida pública. Importan otras cosas. Importa María. Importan los discípulos. **Y, sobre todo, importa un primer milagro que va a manifestar la preocupación solícita de María y la fuerza milagrosa de Cristo entre los hombres, porque ya ha llegado su hora.**

Caná es una pequeña aldea en Galilea. Poco conocida y sorprende, al visitarla, que no es especialmente bonita. Tal vez sorprende más porque el relato de la boda nos sugiere un lugar lleno de vida y luz. No es así, pero, no obstante, en ella, cada vez que peregrinan matrimonios cristianos, son bendecidos con una bendición especial de Dios. Allí, en el lugar en el que el agua fue transformada en vino, Cristo bendice la unión matrimonial como don querido por el amor de Dios. Allí, de rodillas, los matrimonios se alegran y son bendecidos, renuevan sus promesas y su amor sale fortalecido. Hoy también queremos bendecir a todos los matrimonios, a todas las familias que necesitan el sí de Dios en sus vidas, la paz del amor de Dios y la cercanía de un Padre que los fortalezca en la entrega. Hoy, cuando somos testigos de tantos matrimonios cuyo amor se debilita y apaga, pedimos esa bendición especial sobre todos ellos. **Sobre aquellos que conocemos y que están pasando por un momento difícil, sobre todos aquellos que no encuentran en Dios un motivo, para seguir luchando por ese amor que un día pensaron que iba a ser eterno.**

El relato de S. Juan comienza con una situación comprometida, en la celebración de la boda se está acabando el vino. Si sacamos de su contexto el relato, nos llama la atención lo importante que parece ser la falta de vino: "Faltó el vino, y la madre de Jesús le dijo: "No les queda vino." La preocupación de María por algo así nos sorprende. Por eso es bueno conocer las costumbres del Antiguo Testamento; las fiestas de la boda duraban normalmente siete días (*Gén 29,27; Jue 14,12; Tob 11,20*), pero podían prolongarse durante dos semanas (*Tob 8,20; 10,8*). Se celebraban con un ceremonial solemnísimo y eran lógicamente la ocasión de un alegre banquete (*Gén 29,22; Jue 14,10; Tob 7,14*), servido de ordinario en casa del esposo. Por tanto, se necesitaba tener una buena provisión de vino para mantener la alegría de la fiesta tanto tiempo. Esto fue lo que faltó en Caná. No había suficiente vino, fallaron las previsiones. Es por eso que la reacción de María es normal. Se dio cuenta del problema, que era muy importante para los esposos. María siempre está atenta. En nuestra vida pasa exactamente lo mismo. María está atenta a todo lo que puede faltar. Cuando llegamos al Santuario a poner nuestra vida en sus manos, Ella ya sabe de antemano lo que nos falta. Nos falta el vino de la esperanza y la alegría, el vino de la vida verdadera, el vino de la confianza en un Dios que nos ama y conduce en las dificultades y en la oscuridad. Antes de que se lo pidamos, Ella ya lo sabe. **Nos mira y lo sabe; descubre en nuestro corazón lo que más necesitamos, aún antes que nosotros.**

Sin embargo, en ocasiones perdemos la paz y echamos de menos cosas que no siempre son las más importantes, visto con cierta objetividad. Suele haber en el corazón un tinte fuerte de subjetividad. A nosotros nos falta algo y, eso que nos falta, nos resulta lo más fundamental; no nos da igual, aunque, visto con algo de distancia, no sea lo central. Normalmente lo que nos preocupa suele ser pequeño, casi insignificante a los ojos del mundo. El paso del tiempo, por una parte, hace que, lo que, en ocasiones, nos llegó a quitar la paz, deje de tener la importancia que entonces tuvo. Y la distancia nos permite poner cada cosa en su lugar. Pero lo cierto es que nuestro corazón es muy importante y

² Una tradición cristiana del s. XII dice que Séforis era la patria de Santa Ana, de la que nació la Virgen. Y Séforis se encontraba cerca de Caná.

lo tomamos en ocasiones demasiado en serio. Nuestro dedo, colocado cerca del ojo, acaba siendo siempre más grande que la inmensa torre que divisamos a lo lejos. María sabe lo que nos preocupa en lo más profundo. A veces tratamos de disimularlo y cubrirlo, o bien porque nos avergonzamos, o bien porque no creemos que tenga solución. Pero siempre hay algo que nos falta, siempre, si nos miramos con sinceridad, algo nos preocupa e inquieta, hay algo que no está en orden. *¿Qué vino falta hoy en nuestra vida? ¿Qué echamos de menos? ¿Qué nos preocupa en el fondo del alma? ¿Dónde está esa carencia que nos hace sufrir y ante la que muchos pasan de largo? ¿Le abro a Dios mi corazón? ¿Les abro a otros, los más cercanos, el alma? Nuestra necesidad clama a Dios.*

La respuesta de Jesús no se hace esperar: "Jesús le contestó: "Mujer, déjame, todavía no ha llegado mi hora." Otra traducción de la frase nos acerca más a su significado: "¿Qué a ti y a mí?" No estamos ante un rechazo de Jesús hacia su Madre. No es esa la intención. Ya lo dice S. Juan Crisóstomo: "Pues que respetaba mucho a su madre lo dice S. Lucas cuando manifiesta que Jesús vivía sometido a sus padres". No se puede dudar del amor, del profundo cariño y respeto de Jesús hacia su Madre. Sus palabras expresan más bien la incomprendión, porque cree que todavía no ha llegado su momento, la hora de realizar los signos que manifiesten su gloria. El verdadero milagro de Caná ocurre en este mismo momento. En el silencio de dos corazones que se aman, que viven en un mismo latido, Dios irrumppe y muestra su querer. En ese momento de silencio que nadie percibe y Juan describe torpemente, el cielo se abre y Dios manifiesta su deseo: Ha llegado la hora. Jesús no comprende lo que está pasando y, al mismo tiempo, lo entiende todo. Sólo en esta perspectiva es posible seguir la lógica del relato: "Su madre dijo a los sirvientes: "Haced lo que él os diga". Tras una aparente negativa de Jesús aparece una orden de María. Y ante ella, no sólo los hombres siguen a Jesús y lo obedecen, sino que el mismo Jesús ve llegado el momento de comenzar el primer signo: "Había allí colocadas seis tinajas de piedra, para las purificaciones de los judíos, de unos cien litros cada una. Jesús les dijo: "Llenad las tinajas de agua." Ha llegado la hora en el silencio, como las cosas importantes de la vida, que suceden sin que nadie se dé cuenta de ellas. Dios se manifiesta en el sí de ese silencio de amor entre Jesús y María, en la unidad perfecta de la Madre y el Hijo, en la fusión de corazones que se expresa en hacer siempre la voluntad del Padre. **Es así, entonces, como comienza el primer milagro de Jesús.**

Siempre que escucho este Evangelio me maravilla la escena. María en Jesús y Jesús en María. Una "biunidad" perfecta, querida por Dios. Un silencio eterno que queda roto en los labios de María: "Haced lo que él os diga". Esta frase de María quedará grabada para siempre en el alma. María nos la repite cada día a nosotros en el corazón, para que nuestra vida cambie, para que su Palabra se haga carne en nuestro sí cotidiano. La **Madre Teresa le decía a su director espiritual:** "Rece por mí para que la palabra "no" nunca pase por mi corazón ni por mis labios, cuando Jesús me pida algo"³. Es lo mismo que nos pide María a nosotros. Que siempre tengamos el sí en los labios y en el corazón como hizo Ella. Obediencia. Siempre la obediencia ante la que nos rebelamos torpemente. Hacer lo que Jesús nos dice parece fácil. Pero primero es necesario saber lo que nos dice y después hay que llevarlo a cabo. Ambas tareas son difíciles porque, en primer lugar, no estamos acostumbrados a escuchar. Y, por otro lado, a la hora de llevarlo a cabo, siempre pensamos que hay una manera mejor de hacer las cosas. Si la única guía de nuestro actuar fuera la voz de Dios, muchas cosas serían distintas y tendríamos paz. Pero nos empeñamos en no escuchar y en no obedecer. Creemos tener la llave maestra con la que conducir nuestra vida y solucionar los problemas. Pensamos que nosotros sabemos mejor los momentos y las formas. *¿Es posible cambiar esa forma de actuar? ¿Cómo hacemos para escuchar esa palabra de Dios y hacer siempre lo que nos dice?*

³ MADRE TERESA, *Ven, Sé mi luz*, 327

Los sirvientes obedecieron y llenaron las tinajas de agua: "Y las llenaron hasta arriba". Y **S. Juan Crisóstomo se preguntaba:** "¿Por qué no hizo el milagro antes de que las hidrias (tinajas de agua) estuvieran llenas? Hubiese brillado mucho más el milagro". Y se respondía a sí mismo: "Muchos no lo hubieran creído. Por eso mandó que otros las llenaran de agua". Las llenaron con su agua, con el agua de los sirvientes, con un agua común y sin entender nada. Porque Dios cuenta siempre con nosotros, no actúa sin nuestra entrega. El agua viene antes que el vino. El agua representa la pureza y la pobreza, representa la realidad que todos estamos llamados a aceptar. Llenaron las tinajas. El agua es nuestra humanidad, son nuestros talentos y flaquezas, se trata de nuestra condición limitada y mortal. Si entregamos todo lo que tenemos, no se nos puede pedir más. El que lo da todo, no está obligado a dar más. Sin embargo, la obediencia en este caso, parece algo casi absurdo. Falta vino y ellos se esfuerzan en llenar unas tinajas para las purificaciones de agua. Hay una necesidad concreta y ellos, aparentemente, no hacen nada para llegar a una solución adecuada. O, mejor dicho, hacen algo que, visto desde fuera, no va a solucionar el problema. Parece todo absurdo y, sin embargo, todo tiene un sentido. **¿Acaso no sucede lo mismo en nuestra vida?**

Es necesario cambiar el mundo, satisfacer las necesidades de muchos, lograr cambiar la realidad que nos rodea, sembrar más amor y paz y nosotros, ¿Qué hacemos? Han muerto en estos días en Haití, como consecuencia de un terrible seísmo, cientos de miles de personas. Y nosotros, ¿Qué hacemos ante los gritos de los necesitados? Decía un reportero en Haití: "se puede oír a la gente pidiendo ayuda desde todos los rincones". Sólo obedecemos y llenamos las tinajas de agua. Algunos podrán ir allí directamente a ayudar, otros entregarán su dinero. Pero todos, eso sí, tendremos la misión de llenar tinajas de agua. Llenarlas con el agua que tenemos, en el lugar donde Dios nos ha pensado. Da igual si el agua está sucia o limpia, si sabe bien o no tiene tan buen sabor como quisiéramos. Cada uno está llamado a entregar toda el agua que tiene, sólo eso. Jesús no pide que las llenemos con la mejor agua que tengamos, sólo habla de agua, no especifica su calidad, le basta con que sea agua. Muchas veces pensamos que no estamos en el lugar que Dios nos quiere, o allí donde seríamos más santos. Escuchar a **S. Pablo** en Corintios 12,4-11 nos ilumina: "Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu; hay diversidad de ministerios, pero un mismo Señor; y hay diversidad de funciones, pero un mismo Dios que obra todo en, todos. En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común. Y así uno recibe del Espíritu el hablar con sabiduría; otro, el hablar con inteligencia, según el mismo Espíritu. Hay quien, por el mismo Espíritu, recibe el don de la fe; y otro, por el mismo Espíritu, don de curar. A éste le han concedido hacer milagros; a aquél, profetizar. A otro, distinguir los buenos y malos espíritus. A uno, la diversidad de lenguas; a otro, el don de interpretarlas. El mismo y único Espíritu obra todo esto, repartiendo a cada uno en particular como a él le parece». Cada uno aporta su agua, su humanidad con toda su riqueza y pobreza. Pero cada uno ha de aportar lo que tiene y donde Dios quiere, sólo eso. Unos, como dice S. Pablo profetizarán, otros hablarán lenguas, otros curarán. **Cada uno entonces hará los milagros que Dios permita en su vida, de acuerdo a los talentos que le han sido confiados. Nada más.**

Sigue el relato y llega otra orden igualmente extraña: "Entonces les mandó: "Sacad ahora y llevádselo al mayordomo." Ellos se lo llevaron". Y de nuevo obedecen los sirvientes. No comprenden, siguen sin entender y, no obstante, obedecen. Le llevan al mayordomo unas tinajas de agua cuando lo que hace falta es vino. En su interior pudo surgir la duda o el miedo al haber ido demasiado lejos, sin cuestionar nunca el sentido de la orden. A nosotros también nos pasa lo mismo. Dios nos ha prometido la felicidad, la plenitud de vida. Dios nos ha pedido que hagamos lo que nos pide, aunque nos pueda parecer absurdo en ocasiones y carente de sentido. Y nosotros obedecemos, tratamos de hacer lo que Dios nos pide. Sin embargo, hay momentos muy concretos, en los que desconfiamos y pensamos que todo ha sido un error, que Dios se está equivocando con nosotros, que

confía demasiado en los hombres. En esos momentos quisiéramos arrojar la toalla, dejar de buscar su voluntad, tratar de hacer lo que creemos que va a ayudar más a salvar este mundo que necesita un Salvador, que actúe en todo momento. **Nosotros muchas veces sólo vemos agua. La necesidad sigue viva y perdemos el tiempo llenando tinajas de agua, sin una utilidad aparente, sin ver ni los frutos ni los milagros.**

Sin embargo, el misterio se resuelve cuando comprueban que no era agua: "El mayordomo probó el agua convertida en vino sin saber de dónde venía (los sirvientes si lo sabían, pues habían sacado el agua)". El mayordomo no sabía nada del agua, pero los sirvientes entienden. Él sólo ve el vino y se sorprende con su calidad. No se pregunta nada más. Ya no hay agua, sólo vino, pero el mayordomo no piensa en los milagros; él quiere comprender y llega a una explicación lógica: el vino bueno estaba escondido y esperando este momento. "Y entonces llamó al novio y le dijo: "Todo el mundo pone primero el vino bueno y cuando ya están bebidos, el peor; tú, en cambio, has guardado el vino bueno hasta ahora". No cree en Jesús, sólo ha probado el vino y se asombra. ¡Cuántas veces nosotros hacemos lo mismo que el mayordomo! No buscamos a Dios detrás de los acontecimientos. Sólo vemos la apariencia y nos sorprendemos y admiramos. Vemos el vino y nos alegramos. Muchos pasan por la vida sin ver los milagros, sin ver la actuación de Dios que actúa con frecuencia de una forma que pasa desapercibida. El mundo sobrenatural y el natural, sin embargo, están mucho más unidos de lo que creemos. El **Padre Kentenich** decía: "La desdivinización del hombre lleva siempre a la deshumanización, porque la gracia protege y sana la naturaleza. Si nada en el hombre es divino y sobrenatural, pronto nos transformaremos en máquinas sin alma". Y continúa hablando de los cristianos tibios: "Su vida cotidiana ya no es sagrada; es fría e incapaz de inspirar vida porque ha perdido todo contacto vital con Dios"⁴. Si vivimos sin Dios no lo veremos presente en nuestra vida. No podemos vivir sin esa unión vital con Dios, porque perderemos la capacidad para encontrarlo en el mundo. Él es el que nos ata al mundo sobrenatural. **Dios es real y, sólo unidos a Él, podremos descubrir su presencia actuando en medio nuestro.**

Así lo muestra el Evangelio ya que algunos de los presentes sí creyeron: "Así, en Caná de Galilea Jesús comenzó sus signos, manifestó su gloria, y creció la fe de sus discípulos en Él". Juan 2, 1-11. No todos fueron a adorar al Niño, sólo unos magos y unos pastores del lugar. No todos se dieron cuenta de quién era el que se estaba bautizando, sólo Juan y algunos a los que él les indicó quién era el Cordero. No todos escucharon la voz del cielo abierto, que manifestaba el amor predilecto de Dios por su Hijo. Sólo unos pocos, la mayoría no comprendió nada. Tampoco hoy muchos se dan cuenta de la importancia del milagro. Sólo María y Jesús entendían que algo grande estaba pasando. Y sus discípulos, los que comenzaban a seguirle, vieron cómo su fe en Él aumentaba al ver ese signo. **El Salmo de hoy** refleja el espíritu de los que sí se alegran al creer: "Contad las maravillas del Señor a todas las naciones. Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, toda la tierra; Proclamad día tras día su victoria, contad a los pueblos su gloria, sus maravillas a todas las naciones. Postraos ante el Señor en el atrio sagrado, tiemblen en su presencia la tierra toda. Decid a los pueblos: «El Señor es rey, él gobierna a los pueblos rectamente.» Sal 95, 1-2a. 2b-3. 7-8a. 9-10. **Nosotros, se supone, somos aquellos que sí ven los milagros.** Pero la influencia del mundo que nos rodea es demasiado grande y nos gusta encontrar respuestas y razones para todo lo que pasa a nuestro alrededor. Buscamos la lógica, como el mayordomo. Nos cuesta dejarnos sorprender como los discípulos, que vieron cómo crecía su fe. En este comienzo de año, le pedimos a Dios que aumente nuestra fe. Que nos permita ver los milagros para sorprendernos ante ellos. **Hoy le pedimos a Dios un corazón filial, que se admire ante la vida y crea lo increíble. Sólo así nuestra fe aumentará y seremos capaces de seguir llenando tinajas, sin importarnos lo que va a hacer Jesús con ellas.**

⁴ J. Kentenich, *Sanidad ahora*, 37-38